

Rosita Renard en el recuerdo

por *Daniel Quiroga*

“Tiene Rosita Renard un repertorio que va de Bach a Ravel, de la Tocatta al Vals, de las temáticas majestuosas que arden en la serenidad de Dios, al ingenio lleno de gracia y espiritualidad mundana...” EDUARDO BARRIOS

Es justamente ese repertorio el que, por feliz coincidencia para la música de Chile, quedó impreso pocos meses antes del tránsito de Rosita hacia el silencio eterno. Cuando después de recorrer América Latina junto al maestro Erich Kleiber para mostrar la excepcional realización que ambos lograban en Mozart, y después de una serie de recitales en las capitales del continente, Rosita llegó al Carnegie Hall de Nueva York. Era en enero de 1949, y Rosita volvía ante el público que veinte años atrás la había ovacionado. Se hizo entonces una grabación no profesional, directa, viva, como un documento para el archivo personal de la pianista chilena. En los días siguientes, la crítica de Nueva York saludó en aquel concierto la presencia de una intérprete excepcional. De regreso en Chile, el 24 de mayo, Rosita se extinguía en Santiago, enlutando la vida musical del país.

La Temporada Oficial de Conciertos se suspendió en su homenaje. Los músicos, los artistas, los intelectuales y la anónima masa del público sintieron como propia la pérdida, en la plena y generosa madurez de sus facultades. El Conservatorio, en su antigua casa de calle Compañía, acogió los restos, y los despidió con la Marcha Fúnebre de la Tercera Sinfonía de Beethoven, ejecutada por la Sinfónica de Chile, dirigida por Víctor Tevah.

Al despedirla, dijo entonces el Decano Domingo Santa Cruz: “Es duro incluso decirlo: Rosita Renard ha muerto y con ello se va el ejemplo vivo y diario de una vida admirable: encarnó como pocas el ideal de una carrera artística noble, severa, y a la vez inmensamente amable y atrayente. No en balde jamás pudo nadie llamarla, sino Rosita, no fue siquiera rosa, porque si de flor tenía su nombre, era de flor modesta, escondida, de esas flores pequeñitas que se escabullen bajo las enredaderas y que, ellas solas, son capaces de perfumar todo un jardín”.

La humildad genial

Rosita Renard nació en Santiago el 8 de febrero de 1894. Fueron tres los hijos del matrimonio de don José Renard y doña Rosa Artigas. Las hijas Rosita y Blanca nacieron dotadas para la música y ambas destacaron

en los estudios pianísticos bajo la guía del profesor Roberto Duncker Lavalle. Pedro, el hermano, llegó a ser médico. Sin antecedentes musicales directos en la familia, el ancestro catalán latía en Rosita, cuya sensibilidad hacia la música y la danza populares de España se vertía en sus interpretaciones y en su admiración entusiasmada por el arte de la danzarina Antonia Mercé.

Rosita comenzó a estudiar el piano a los cinco años, y cuando a los catorce se presentó como solista en el Concierto en La menor de Grieg, junto a la Orquesta Sinfónica dirigida por Celerino Pereira, no cupo duda al Gobierno de aquella época que ese talento merecía el estímulo de una beca. Así la señora Rosa Artigas y sus dos hijas viajaron a Alemania rumbo al Conservatorio Stern, en Berlín, en 1910. En la clase del profesor Martin Krause, discípulo de Liszt, Rosita vio llegar a un niño chileno a quien ya conocía: era Claudio Arrau, siete años menor que Rosita, y quien, ciertamente, fue admitido a la clase de Martin Krause, luego de audicionar.

La familia Renard era modesta. El viaje a Alemania y la exigua beca significaron un período de estrechez en medio de un mundo europeo agitado y en crisis. Cuatro años permaneció Rosita en el Conservatorio Stern y, en 1914, ganó Diploma de Honor, la Beca Mendelssohn y el Premio Liszt. Su maestro dejó testimonio del talento y de los progresos de la joven pianista chilena: "Esta niña ha llegado a ser una artista que ha despertado la admiración de quienquiera que la haya escuchado, incluyendo muchos célebres músicos y críticos de Alemania. La opinión es unánime: Rosita Renard conquista todas las dificultades técnicas... Su interpretación es espiritual, su sonido posee una belleza tal que sólo puede compararse con el del gran maestro Emil Sauer. No hay duda que ella conquistará el mundo como artista".

La presencia de la guerra mundial trajo a Rosita Renard de regreso a Chile, donde dio a conocer exitosamente su fenomenal progreso artístico. En 1917 recibió una invitación para dictar clases en un Conservatorio de Rochester, Estados Unidos, lo que significaría también su debut en Norteamérica. Edward Blickstein menciona en un estudio reciente el recuerdo que hizo Rosita de aquellos pasos iniciales, y que retrata su carácter: "Mi madre, mi hermana y yo hicimos nuestras valijas y partimos tan rápidamente como pudimos, llenas de esperanza. Luego de llegar me presenté al Conservatorio y toqué ante la Facultad reunida. Ellos me manifestaron cuán contentos estaban conmigo, y yo estaba feliz, muy feliz. Pero pasaron varias semanas y mis esperanzas disminuían junto con mi portamonedas, pues nada sabía de ellos. Así, me presenté nuevamente y les pregunté sobre mi contrato, pero esto fue para oírles decir que sólo recibiría una comisión por

los alumnos que enseñara ¡Y sólo tenía uno! Me descorazoné tanto que empacamos nuestras cosas para volver a Chile, pero deteniéndonos en Nueva York, donde presentaría algunas cartas de recomendación. Eran mi última esperanza”.

La esperanza floreció en Nueva York, gracias a la colaboración generosa de algunos amigos. Así llegó hasta Sam Franko, quien movió a sus relaciones y Rosita pudo quedarse en Nueva York y ofrecer sus primeros recitales, con un público que fue creciendo. Ella dijo al respecto: “Pueden creerme, la gente amiga y los que se interesaban por mí compraban localidades hasta que llegué a reunir más de quinientos dólares, y me sentí rica. También llegaron muchas flores, pero, ¿qué podía hacer con ellas? Bueno, las llevé al Santuario de la Virgen en la Catedral, adonde iba a rezarle todos los días pidiéndole ayuda. Quería demostrarle cuán agradecida y feliz estaba”.

El mismo Blickstein se muestra sorprendido: “En el umbral de una gran carrera, fue incapaz de capitalizar su gran éxito, y eventualmente abandonó el escenario para ir a enseñar a Chile. Gracias al entusiasmo de amigos y discípulos, pudo salir de su retiro y dar conciertos en Latinoamérica y hacer dos giras por Europa. Sólo al término de su carrera parecía realizarse la gran promesa. Pero murió prematuramente”. Para el musicólogo, es un verdadero enigma el porqué su “vuelo a la fama” nunca se resolviera.

Hoy podríamos decir que Rosita, simplemente, no estaba hecha para ser medida con los cánones de la música convertida en empresa. Tocaba para servir a la música tan bien como podía, sin interesarle el éxito personal sino el servicio de los autores que interpretaba. Hacía música con la naturalidad del árbol que da flores y frutos, como esos árboles que ella tanto amaba y de los que se rodeó en su casa de Pirque, cuando abandonó su carrera internacional de concertista para asumir la dirección del Departamento de Teclado del Conservatorio Nacional. En Pirque, junto al Río Maipo y rodeada del paisaje cordillerano, la genial modestia de Rosita se complacía en la vida simple de la mujer que junto a su marido cose, cocina y borda, alternando con el estudio pianístico en la gran habitación que miraba hacia los picachos nevados, tan luminosos como las flores del almendral que cerraba su casa bajando al río. De su casa a las clases del Conservatorio, a Bach, a Chopin, a Beethoven y Mozart. Luego, de regreso a la cálida serenidad del hogar cordillerano, distante del camino central en tal forma que muchas veces para llegar a él necesitaba subir a un carro con caballos, un camión u otro vehículo de sus buenos vecinos campesinos. Una mañana llegó donde su entrañable amiga Margarita Friedemann con un paquetito: “Toma es una sorpresa”: eran los primeros higos de su huerta. Adoraba las plantas y las flores.

Era un ser casi mágico, dotado de un poder de comunicación instantánea con los seres humanos y los animales. Cuando entraban caballos en su sitio de Pirque, ella se acercaba, los llamaba y la seguían. Un ser de tanta pureza espiritual tenía que identificarse con Mozart, como ella lo hacía.

La ternura magistral

Mi recuerdo personal es de los pasillos embaldosados del viejo Conservatorio, en calle San Diego. Esos patios, con palmeras, con altísimas salas de clase que lucían unos increíbles sillones de felpa. De repente, de una de esas salas, veía salir una figura de aspecto amable, vestida de negro, rodeada de un grupo de jóvenes. Caminaban lentamente, se detenían en algún recodo de los pasillos, siempre todos juntos. Pronto supe que esa señora era Rosita Renard, y que iba junto a su curso, el Curso Renard que formaba con ella un todo inseparable, no por imposición sino por un vínculo artístico afectivo muy intenso. Más tarde aprendí a individualizarlos: eran Herminia Raccagni, Julia Searle, Inés Santander, Marta Wainstein, Rebeca Chechilnitsky, Flora Guerra, Arnaldo Zanzani, René Amengual, Aldo Gustavino. Las clases de Rosita se prolongaban fuera del recinto: se adueñaba de sus alumnos y les hacía sentirse cálidamente unidos en lo humano y en lo artístico.

Cuando Rosita falleció, su discípulo, el compositor y pianista René Amengual, que ya era Director del Conservatorio, resumió la labor de la maestra, diciendo: "Esto fue Rosita Renard como profesora: parca en el decir y pródiga en sus actitudes, rígida en sus exigencias sobre formas de trabajo, horas de estudio y dedicación a la técnica, única manera de llegar a una realización musical acabada; profundamente humana y amiga cariñosa en cuanto terminaba la clase".

Así el Curso Renard del Conservatorio presentó el trabajo conjunto de sus alumnos en realizaciones tan importantes como la primera audición por pianistas chilenos, de los Cuarenta y Ocho Preludios y Fugas, de J. S. Bach; las Treinta y Dos Sonatas de Beethoven; el estreno en Chile de los Concier-tos para tres y cuatro pianos y orquesta de J. S. Bach. René Amengual recordaba que estaba en sus proyectos ofrecer la audición completa de la obra pianística de Robert Schumann, de los Estudios de Chopin y de los Preludios de Debussy. Su forma de trabajar en equipo fue felicitada por su condiscípulo, el eminente Edwin Fischer, y por Arthur Schnabel, cuyo plan de trabajo con las Sonatas de Beethoven fue adoptado por Rosita. Amengual recuerda: "Tantas veces que la oímos decir: 'Hijitos, hay sólo una cosa que estoy segura que sé hacer bien: ¡tocar el piano!'. Todo el mundo que la oyó también estuvo seguro de ello, y eso fue para nosotros lo más importante,

lo esencial, lo que hacía que todos sus discípulos tuviéramos una fe ciega en ella, fe que se transmutaba en cariño y devoción”.

La muerte fecunda

Con Rosita debía ocurrir ese fenómeno que en la Historia suele producirse con ciertos seres de excepción: el que la muerte física no significa el cese de su ejemplo y enseñanza. Algo hay en ellos que trasciende el marco habitual de la limitación humana. El arte de Rosita Renard, su ejemplo magistral, permanecen vivos no sólo en la generación de sus alumnos, sino, afortunadamente, en aquella grabación del Recital en Carnegie Hall. Lanzada primeramente por la Sociedad de Amigos de la Música en Bogotá, y luego por la Fundación de Rosita Renard en Chile, este disco de 1950 —que ha sido escuchado en silencio religioso en diversas capitales de América en audiciones especialmente organizadas por ex alumnos de la maestra chilena— ha sido reeditado por International Piano Archives, de Estados Unidos. Una regrabación mejorada técnicamente con los recursos actuales de la especialidad, es la manera imperecedera en que el arte interpretativo de Rosita Renard puede llegar al auditorio de hoy y del futuro. Esta nueva edición que incluye el inteligente y sensitivo estudio de Edward Blickstein, ya mencionado, es el aspecto más sobresaliente de la herencia viva de ese ser excepcional, cuyo nombre perdura, además, en la calle Rosita Renard, en la Fundación Rosita Renard para el estímulo de los alumnos de Piano del Conservatorio Nacional; también en el bronce de Totila Albert, que conserva sus rasgos, y en el monumento que guarda sus restos en el Cementerio General, del arquitecto Landorff.

Si para los que la escuchamos tocar Mozart acompañada por la Sinfónica dirigida por Kleiber la emoción experimentada en esos momentos todavía perdura; así como seguimos oyéndola junto a Herminia Raccagni en el Concierto a dos pianos, de Mozart, o en uno de los cuatro pianos del Concierto de Vivaldi-Bach, junto a sus alumnas Raccagni, Santander y Searle, existe hoy la posibilidad de renovar su presencia en aquella tarde del Carnegie Hall. Allí Rosita se despidió, sin saberlo, de su vida de concertista, para ingresar a la plenitud de la vida del espíritu, liberada de trabas materiales, de convencionalismos, de publicidad y de competencias, cosas todas para las cuales ella no nació y de las que siempre se alejó, porque le eran extrañas.

Nuestro novelista Eduardo Barrios supo comprenderlo cuando escribe en su “Soliloquio sobre Rosita Renard”: “De Beethoven a Scarlatti, afinando la Sonata hasta la Sonatina, reduciendo la naturaleza hasta las proporciones de una estampa; del romanticismo doliente y las frescuras de Chopin a las sombras de Schumann, del color de Debussy a la elegancia cortesana, noble y angélica de Mozart, sus brazos, sus manos, sus dedos en las masas de so-

nidos, en los cantos, en los scherzos y staccato, se cargan de espíritu y descubren, siempre descubren. Oyéndola recibimos siempre algo de esos oros escondidos, de esos temblores insospechados que se hallaban más allá, más recónditos y elevados, más en contacto con lo puro e inefable”.

Su recuerdo florece en cada Mayo.